



## **Empleo, rentas y seguridad en una economía globalizada**

**Jesús Arango Fernández**

Profesor Titular de la Universidad de Oviedo

## **JESÚS ARANGO FERNÁNDEZ**

Licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad Complutense de Madrid y Doctor en Ciencias Económicas, con premio extraordinario, por la Universidad de Oviedo.

Ha trabajado en la Sociedad Asturiana de Estudios Económicos e Industriales (SADEI) como economista especializado en temas regionales y análisis input-output. Ha sido Consejero de Agricultura y Pesca del Principado de Asturias, Secretario General de Estructuras Agrarias del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación y Secretario General de Empleo y Relaciones Laborales del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

En la actualidad es Profesor Titular de la Universidad de Oviedo. Miembro de varios Consejos de Redacción de Revistas Económicas de carácter científico, mediador de la Fundación Servicio Interconfederal de Mediación y Arbitraje (SIMA), patrono de la Fundación Largo Caballero y Presidente de la Comisión de Análisis Económico y Social del Consejo Económico y Social de Asturias.

Es autor de multitud de trabajos e informes publicados en revistas económicas especializadas.

## Empleo, rentas y seguridad en una economía globalizada\*

La crisis financiera actual se manifestó por primera vez hace un año, en agosto del año 2007, con el tema de las hipotecas basura –las ya famosas subprimes– que explota en Estados Unidos y que luego se exporta a Europa y al resto del mundo. Sobre esta cuestión podemos hacernos preguntas tales como: ¿Por qué se produce esta crisis? ¿Cuánto va durar? ¿Cómo vamos a salir? ¿Qué medidas hay que adoptar? ¿Quién debe ponerlas en marcha?. Por desgracia, en estos momentos, los economistas no tenemos respuestas a la mayoría de esas preguntas.

Como ejemplo de esa falta de respuestas hay que decir que en el pasado mes de agosto hubo una reunión de catorce premios Nobel de economía en Lindau, Alemania. Y todos ellos han coincidido en sus manifestaciones que esta crisis es muy compleja y que no se atreven a dar recetas para su solución. A todo lo más que se atrevió alguno de estos insignes economistas fue a señalar que, a partir de ahora, tendría que crearse un organismo internacional que controle la calidad de los nuevos instrumentos financieros.

Pero aparte de esta crisis financiera que, en definitiva, es una crisis de confianza en el propio sistema financiero internacional, hay otros aspectos que están muy presentes en la economía actual, como son las fuertes subidas del precio del petróleo que se experimentaron hasta este verano. Al margen de posibles componentes especulativos, el comportamiento del precio del barril de petróleo está relacionado con el aumento del consumo

---

\* Transcripción supervisada por el interviniente

de energía derivado del fuertemente ritmo de crecimiento de los países emergentes, especialmente de economías como la china y la india. Si este proceso continúa en los próximos años se estima que el consumo mundial de energía se puede multiplicar por diez.

Otro tema también a tener presente en estos momentos, es el que tiene que ver con la seguridad, en alguna de las múltiples dimensiones de la seguridad que afecta a los seres humanos. En concreto se trata de la seguridad alimentaria, manifestada en el derecho a la alimentación, que debería ser un derecho humano, o por lo menos así lo plantea la FAO. Esta seguridad alimentaria depende mucho de cómo evolucionan los precios mundiales de los alimentos y, como es bien conocido, éstos han experimentado una subida espectacular en el último año.

Con la información disponible no se puede saber qué parte de esa subida es un mero movimiento especulativo a corto plazo que responde a un desplazamiento de determinados fondos de inversión que buscan una mayor rentabilidad a través de instrumentos tan refinados como es el comprar opciones de cómo se va a cotizar un bien en el futuro. En todo caso se puede pensar que en los últimos meses las caídas de cotizaciones en otros mercados de capitales puede estar desplazando un importante volumen de fondos hacia los mercados de materias primas en donde se han encontrado mayores tasas de rentabilidad.

Estos movimientos especulativos han coincidido con unas malas cosechas en los principales países productores de cereales, lo que ha supuesto una caída de la producción de entre un 4 y un 7% según tipos de cereales. Estas malas cosechas son consecuencia de las importantes sequías en algunas zonas del planeta. La pregunta que nos debemos hacer es ¿hasta qué punto está incidiendo el cambio climático en este tipo de cuestiones?. Por lo tanto, en el campo de los alimentos y de la agricultura en general tenemos problemas de oferta a corto plazo y, por otro lado, tenemos un crecimiento importante de la demanda mundial, porque la gente de los países emergentes cuando comienzan a mejorar sus niveles de renta, aumentan sus niveles de consumo de alimentos.

Así pues, tenemos una crisis de tipo financiero que está generando una crisis de confianza en todo el sistema financiero internacional, pero hay más

factores que están ahí, subyacentes, que pueden ser más profundos o llevarnos a crisis más duraderas en el ámbito de la economía real. De hecho, algunos expertos de la FAO, que se supone deben saber bastante de estas cuestiones, prevén que la subida de los precios de los alimentos va a continuar hasta el año 2015. Esto pone de relieve que la respuesta de la oferta de los alimentos, a pesar de la revolución verde que se ha producido en una gran parte de la agricultura mundial, va a ser más lenta de lo esperado.

La situación descrita es la que se deriva de una economía integrada, en la que se han reducido significativamente los aranceles y otros instrumentos proteccionistas, y las fronteras económicas nacionales han desaparecido para muchas transacciones, incluidos los movimientos de capital: el resultado ha sido una economía internacional más inestable. Es el fenómeno al que todos conocemos como globalización económica. Y sobre la globalización me vais a permitir que haga algunos comentarios.

El mundo económico no siempre fue así como lo conocemos actualmente. Para entender mejor el proceso de globalización actual, y antes de entrar en los aspectos de la distribución espacial y personal del crecimiento económico, se van a presentar algunos datos de la evolución histórica de ese proceso con una perspectiva de milenio. Esta no es la primera globalización que se ha producido, pues a lo largo de la historia se han conocido varios procesos de esta naturaleza.

Por recordar algunos de estos procesos, basta remontarse al impacto que tuvo en la economía de su tiempo el descubrimiento y colonización de América. En el mundo de entonces se produjo un cambio radical a través de la transferencia de tecnología de Europa hacia América y de los nuevos productos que nos llegaron a los europeos del otro lado del Atlántico. Hay que tener en cuenta que en muchas partes de América estaban fuera de la civilización del transporte tal como se conocía ya en Europa: el transporte de mercancías con carros, la utilización de los bueyes y caballos como fuerza motriz. Todas estas tecnologías las llevó Europa al nuevo mundo. Pero también hay que recordar que de allí trajimos muchos productos que no se conocían en el viejo continente. Por ejemplo el maíz, que en regiones como Asturias sirvieron para evitar hambrunas seculares. En esta y en otras globalizaciones que se produjeron en diferentes momentos de la historia siempre se generaron impactos de signo diferente y tuvieron sus ganadores y sus perdedores.

La innovación tecnológica que experimentó la navegación entre los siglos XVI y XVIII hizo que el volumen de comercio se multiplicase por veinte en ese periodo. A este respecto, cabe señalar que es una opinión bastante extendida entre los historiadores económicos que las sucesivas globalizaciones y el desarrollo del comercio son uno de los factores que más han impulsado el crecimiento mundial. Cuando se toma una perspectiva de milenio, como lo hace el historiador y economista Angus Maddison, vemos que el modelo de crecimiento, tal como lo conocemos actualmente es un fenómeno relativamente reciente, que se desencadena hace menos de doscientos años y que la mayoría de los historiadores económicos sitúan su origen en torno al año 1820.

Hasta las primeras décadas del siglo XIX el crecimiento de la población había sido muy lento ya que la tecnología disponible para producir alimentos era insuficiente para permitir que los aumentos de población fueran duraderos en el tiempo. ¿Qué fue lo que pasó para que se acelerara el crecimiento económico a partir de 1820? El cambio fue consecuencia de todo el proceso ligado a la Revolución Industrial que nace en Inglaterra y de la instauración en los países de Occidente de lo que hoy conocemos como sistema capitalista. Para hacernos una idea de lo que ha supuesto el crecimiento moderno, recordemos algunas cifras. En ese período de menos de doscientos años, la población del planeta se ha multiplicado por seis y el ingreso medio mundial, medido en renta por habitante, se ha incrementado nueve veces.

Por el contrario, y para poder percibir más claramente las dimensiones del crecimiento capitalista, desde el año 1000 al 1820, es decir, en ochocientos años, la población mundial solamente se había multiplicado por cuatro y el ingreso medio solamente se había incrementado en un 50%. Estas cifras ponen de manifiesto que el mundo ha cambiado en los últimos doscientos años de forma muy importante. Y cuando hablamos de los cambios económicos, estamos hablando de calidad de vida y de esperanza de vida de la población.

Hay que tener en cuenta que la esperanza de vida en el año 1000 era de 24 años y que en 1820 pasó a ser de 36 años en el mundo occidental, pero en el resto del mundo seguía siendo de 24 años. En definitiva, en ocho-

cientos años apenas había aumentado la esperanza de vida en una gran parte del planeta. Y sin embargo, en estos últimos doscientos años de desarrollo económico intenso, se ha pasado en Occidente a una esperanza de vida de 79 años y a una de 64 años en el resto del mundo: los estándares de vida han cambiado de forma radical en los dos últimos siglos.

La siguiente globalización es la que se produce entre 1870 y 1913 y que se conoce en términos históricos como el viejo orden liberal. Y antes de referirme a algunas de las características de ese periodo, voy a permitirme hacer una referencia a tres variables económicas importantes. A este respecto, tengo que reconocer que la mayoría de los economistas, especialmente en los tiempos actuales, hablamos un jerga que casi nadie entiende y además hacemos pocos esfuerzos para que se nos entienda: la profesión económica hace bastante política sin reconocerlo y de forma indirecta a través de mantener posiciones presuntamente técnicas.

En este sentido, si se sigue un poco la actualidad económica a través de los periódicos o se ven los telediarios, se puede constatar que cada vez más los ciudadanos estamos sometidos a un bombardeo continuo de datos relacionados con la evolución de la actividad económica: el comportamiento diario del IBEX 35, el tipo de cambio euro-dólar, el IPC del último mes, incluso el IPC adelantado, el PIB del último trimestre, el índice de producción industrial, el índice de confianza de los consumidores y un largo etc.

Sin embargo, este alud de datos no nos proporciona información relevante sobre la marcha y la salud de nuestras realidades económicas. Esta es la opinión que hace ya casi dos décadas manifestaba Paul Krugman, economista norteamericano que acaba de ganar el premio Nobel en Economía. Para Krugman hay tres variables que son fundamentales para que una economía vaya bien, que son el comportamiento de la productividad, el desempleo y la distribución de la renta. El resto de variables económicas pueden considerarse indicadores de segundo nivel: los tipos de interés, la inflación, el déficit público, la bolsa, etc.

Curiosamente del comportamiento de dos de esas tres variables económicas sabemos más bien poco. En concreto, de la evolución de la productivi-

dad se habla mucho, pero hasta el momento no tenemos ninguna medida aceptada mayoritariamente que nos permita conocer, de forma más o menos fiable, cómo evoluciona a lo largo del tiempo. Y sobre la distribución de la renta, el conocimiento es más bien escaso, pues nuestro interés sobre la marcha de la economía se concentra cada vez más en cómo evoluciona el Producto Interior Bruto y a todo más su conversión en renta per cápita. Pero no vamos más allá y nos planteamos cómo se reparte ese crecimiento económico entre los diferentes grupos de ciudadanos. Al tema de la distribución me volveré a referir más tarde y tomaré algunos ejemplos relacionados con la economía de los Estados Unidos, pues en nuestro país los datos relacionados con la distribución personal de la renta son más bien escasos y no permiten una comparación temporal.

Llegados a este punto, quiero hacer una alusión a un hecho que podría explicar cómo se forma la percepción que los ciudadanos tienen de la marcha de la economía. En concreto, me estoy refiriendo a la politización encubierta que se traslada con la mayoría de la información económica y quizás ello tenga bastante que ver con lo mucho que ha cambiado la forma de pensar mayoritaria de los economistas en el plano ideológico a lo largo de las últimas tres décadas. Y ello ha tenido implicaciones en la forma de transmitir el pensamiento económico a los ciudadanos, que coincide con el auge mundial del movimiento político conservador de los neocon que comienza en los Estados Unidos y que ha invadido casi todas las esferas de la ciencia económica, controlando actualmente los principales centros de poder y opinión económica, revistiéndose sus manifestaciones con un ropaje de neutralidad técnica.

Y este no es un asunto que se haya producido espontáneamente, sino más bien responde a todo un conjunto de acciones coordinadas que en los Estados Unidos se han materializado a través de una serie de fundaciones que ejecutan programas de investigación muy importantes, normalmente financiados generosamente por las grandes fortunas norteamericanas y que han supuesto unas recompensas agradecidas para aquellos economistas que defienden esa línea de pensamiento político. Con el respaldo financiero de estas fundaciones, el pensamiento conservador ha logrado introducirse en la cadena de los medios de comunicación de masas, vistiéndose de lagarterana y no dar a entender que realmente representa los inte-

reses de una minoría de potentados, presentándose sus ideas y propuestas por afamados economistas de solida formación técnica.

Este fenómeno que alcanzó una importancia muy significativa en los Estados Unidos es un hecho cada vez más presente en la comunicación española si se tiene en cuenta el sesgo de los expertos económicos que aparecen habitualmente en los medios de comunicación de masas. En pocas palabras, estamos asistiendo a un tema de creciente politización de la economía, pero sin reconocerlo; por el contrario, frente a este proceso de politización encubierta de la economía, creo que debe reivindicarse la postura de los economistas clásicos (Adam Smith, David Ricardo o Karl Marx) que proponían soluciones a los problemas de los ciudadanos mediante el uso de la llamada economía política y lo hacían desde diferentes visiones ideológicas. Hoy los economistas se han convertido mayoritariamente en simples defensores de una única corriente del análisis económico y con preocupaciones bastante alejadas de las que tienen los ciudadanos.

Existen múltiples formas de contemplar el mundo. Si representáramos el planeta en función de la distribución de la población nos daría un cuadro bastante diferente a si el criterio de la representación fuese la importancia del Producto Interior Bruto, o si la distribución se hiciese en función del VHS o de la mortalidad infantil: son diferentes formas de ver el mundo que a veces no tenemos en cuenta a la hora de analizar los fenómenos económicos.

Esos mapas del mundo que se pueden dibujar utilizando los criterios anteriores son paisajes a los que se ha llegado por procesos históricos de desarrollo desigual, de ahí la importancia de tener en cuenta una perspectiva milenaria a la que anteriormente se hizo referencia. Así, no está de más recordar que Europa estuvo durante bastantes siglos por detrás de Asia en cuanto a nivel económico. Allá por el año 1000, Asia producía dos tercios de la riqueza mundial y Europa solamente el 9%, sin embargo, esas proporciones se han ido invirtiendo a lo largo de los siglos siguientes.

En 1820, lo que hasta hace poco conocíamos por Occidente, es decir, Europa Occidental, Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Japón, ya había aumentado su producción de forma significativa y actualmente

Occidente es la parte del planeta que genera casi la mitad del Producto Interior Bruto, mientras que Asia fue bajando su peso relativo en la producción mundial. Pero no olvidemos que en las últimas décadas el panorama está cambiando con la irrupción de las economías emergentes, entre ellas la china, a lo que me referiré más adelante.

Actualmente la distribución de la producción mundial se puede resumir de la forma siguiente: las tres principales economías de Occidente (Unión Europea, Estados Unidos y Japón), que en términos de población representan en torno a un 14% de la población del planeta, sin embargo, acaparan gran parte de la producción mundial, aproximadamente un 71%. El 31% le corresponde a la Unión Europea, el 29% a los Estados Unidos y el 11% a Japón. Es decir, que el resto del mundo, en donde reside el 86% de la población solamente representa hoy por hoy el 29% de la producción mundial.

Llegados a este punto, cabe preguntarse acerca de qué es lo que caracteriza al proceso de globalización actual. Este proceso de globalización económica, según los estudiosos del tema, comienza después de la Segunda Guerra Mundial de forma muy lenta, pero sobre todo el proceso de apertura económica se intensifica a partir de mediados de los años ochenta, conformando la ola de globalización de la que tanto se habla en la actualidad.

Hay un consenso bastante extendido que el motor de la última globalización ha sido el intenso crecimiento del comercio mundial. Este hecho queda de manifiesto con los datos siguientes: entre 1950 y 2004, la producción mundial, es decir, el Producto Interior Bruto (PIB) que se genera en todos los países del mundo, se multiplicó por siete. Sin embargo, en ese mismo período, el comercio mundial, medido a través de las exportaciones, se ha multiplicado por veinticinco. A su vez, la población se multiplicó por 2,5, pues pasamos de ser 2.500 millones de ciudadanos en el mundo en los años cincuenta a más de 6.200 millones de habitantes en los momentos actuales.

Como ha crecido más la producción que la población, el ingreso mundial por habitante se ha incrementado de forma significativa, situándose actualmente en torno a los 5.000 dólares. Sin embargo, la distribución

espacial del ingreso es muy desigual: en Occidente la cifra de la renta per cápita se sitúa por encima de los 20.000 dólares, mientras que en el resto del mundo apenas llega a los 3.000 dólares por habitante. Esas diferencias de niveles de ingresos requieren de algunas matizaciones para entender mejor el proceso de globalización actual.

Desde los años ochenta del siglo pasado las pautas del comercio internacional han experimentado cambios muy significativos. El primero de ellos es que, en contra de lo que cabría esperar, no es el comercio de servicios el que aumenta su peso en el comercio mundial, pues si bien el comercio de servicios aumentó en los primeros años ochenta, pocos años después comenzó a disminuir su importancia relativa en el comercio total de bienes y servicios.

En realidad, lo que se ha incrementado de forma muy importante a lo largo de las tres últimas décadas es el comercio de productos manufacturados y en particular el relacionado con los productos intermedios industriales. Y ese crecimiento espectacular de los productos manufacturados ha sido posible por una razón fundamental: las innovaciones en el transporte y las comunicaciones han abaratado los costes de transporte y han facilitado el que la producción de un bien se pueda descomponer en varias fases. Esto permite que un determinado producto se fabrique en diferentes lugares del mundo, buscando que cada fase productiva se realice allí donde sea más barata, lo que ha dado lugar a un proceso de partición de la cadena de valor y a un aumento del volumen de comercio de productos intermedios, es decir, de aquellos productos que no están destinados al consumo, sino que van de un sitio a otro para ser utilizados en sucesivos procesos de fabricación.

Un ejemplo de esa partición de la cadena de valor y de lo que está pasando en el mundo puede encontrarse en el proceso de producción de la famosa muñeca Barbie, que hace unos años se vendía en los Estados Unidos a unos nueve dólares. Esta muñeca, que se fabrica en China y después se monta en Filipinas y otros lugares de Asia y al final se envía a Estados Unidos vía Hong Kong, tenía un coste de producción que no superaba un dólar. Esto supone que los ocho dólares restantes de los nueve que pagamos por la muñeca, si se descuenta el coste de transporte, se destinan a la

retribución de las actividades de diseño, marketing y a los beneficios de la empresa en su ubicación de Estados Unidos.

Ejemplos de este tipo se pueden poner muchos. Tal es el caso de los ordenadores Dell, marca de ordenadores que es conocida por vender directamente al usuario, sin intermediarios. Esta empresa tiene seis fábricas en el mundo: China, Malasia, Irlanda, Brasil y dos en Estados Unidos. Con ellas, esta empresa que tiene vocación mundial trata de abastecer todos los mercados. Dell tiene un sistema de producción muy afinado a través de una cadena de empresas proveedoras que suministran todos los componentes a través de una logística en la que las existencias de stocks en las factorías Dell es una cuestión de hora. Un número bastante elevado de los numerosos proveedores de Dell son empresas norteamericanas y japonesas establecidas en China y utilizan patentes y tecnología de todos los lugares del mundo. El cambio tecnológico está haciendo al planeta mucho más complejo e interdependiente desde el punto de vista económico. En frase feliz del periodista norteamericano Thomas Friedman: "la tierra se ha hecho plana".

Esta distribución espacial de los procesos productivos hace que hablar, hoy en día, de economías nacionales resulte cada vez más relativo, pues estimar el Producto Interior Bruto (PIB) de cada país comienza a ser una medida bastante poco representativa de lo que ocurre en la economía real, porque la actividad desarrollada por las grandes empresas multinacionales en diferentes países ha hecho desaparecer, en la práctica, gran parte de las fronteras nacionales.

Tradicionalmente y hasta hace dos décadas el mundo se dividía, desde el punto de vista de los niveles de desarrollo, en un Norte industrializado y en un Sur en vías de desarrollo y cada bloque económico se caracterizaba por una determinada especialización productiva. Los países en vías de desarrollo suministraban al resto materias primas y productos básicos a precios baratos, mientras que el bloque de los países desarrollados vendía fundamentalmente productos industriales. Por lo tanto, esta especialización productiva generaba un tipo de comercio entre ambos bloques de productos que no competían entre sí.

Desde mediados de los años ochenta —época generalmente considerada como el inicio del actual proceso de globalización— han entrado en juego importantes nuevas fuerzas. En primer lugar, las tecnologías del transporte y la comunicación han mejorado de forma bastante considerable, lo que ha generado una reducción significativa de los costes, facilitando el comercio y los cambios en la división internacional del trabajo. En segundo lugar, han desaparecido las estrategias nacionales basadas en la sustitución de importaciones y ello ha provocado una reducción universal de los aranceles y de las barreras no arancelarias a los intercambios, así como la adopción de políticas tendentes a atraer la inversión directa extranjera (IDE) y el reforzamiento del papel del mercado en la economía mediante la aplicación de programas de privatización del sector público empresarial.

En su conjunto, estos cambios no solo estimularon los flujos comerciales y de capital entre los distintos países, sino también alteraron la naturaleza de las relaciones comerciales entre el Norte y el Sur. Por otra parte, los flujos transfronterizos de mano de obra no se han liberalizado: la movilidad laboral internacional sigue siendo muy reducida, lo que contrasta fuertemente con lo que ocurrió en el periodo 1870-1913, cuando alrededor de 60 millones de europeos emigraron al Nuevo Mundo. En el proceso de globalización actual, los países industrializados únicamente han alentado la inmigración de mano obra muy cualificada procedente de los países en desarrollo, con lo que resurge de nuevo la preocupación por la fuga de cerebros de los países en vías de desarrollo.

La globalización económica no es ni inevitable ni irreversible. La globalización ya se ha revertido anteriormente, en el periodo entre las dos guerras mundiales, y puede volver a revertirse. El que el proceso actual continúe o se detenga está en función, en última instancia, de la aceptación política de sus consecuencias por parte de las poblaciones de los distintos Estados y eso depende bastante del modo en que la comunidad internacional gestione el proceso.

A lo largo de la historia el comercio ha constituido un mecanismo de interacción económica internacional mucho más sólido que el movimiento transfronterizo de capital o de mano de obra. A principios de esta década, el comercio de bienes y servicios suponía el 47% del PIB mundial, mientras que la inversión directa extranjera (IDE) representaba tan sólo

poco más del 2% del PIB del planeta. A partir de mediados de los años ochenta se ha producido un crecimiento acelerado tanto del comercio de productos manufacturados como del flujo de IDE. Dado que la liberalización del comercio también tuvo lugar por esas mismas fechas, es razonable suponer que la liberalización del comercio desencadenó ese crecimiento acelerado.

La globalización no sólo ha incidido en el crecimiento del comercio mundial, sino también en los importantes cambios acaecidos en su estructura. El cambio más significativo que, desde mediados de la década de los ochenta, afectó a la estructura del comercio de mercancías fue el comercio de productos manufacturados, el cual experimentó un brusco crecimiento, mientras que el comercio de productos básicos –incluidos los productos petrolíferos– se estancó. En el año 2000, el comercio de productos manufacturados representaba dos tercios del comercio mundial de bienes y servicios y el 80% del comercio de mercancías. Por lo tanto, puede concluirse que la rápida expansión del comercio de productos manufacturados ha constituido una característica central del periodo actual de globalización económica.

Según un estudio realizado en el seno de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), algunos países en vías de desarrollo, que en el citado estudio se cifran en veinticuatro, entre los que se encuentran China, Brasil, Argentina o Egipto, han logrado, a través de una estrategia nacional de industrialización, situarse en la economía mundial compitiendo con los países industrializados en la producción de ciertas fases o ciertos productos manufactureros y, por lo tanto, han irrumpido en el comercio mundial de estos productos, cuando antes este tipo de comercio interindustrial estaba reservado casi en exclusividad al ámbito de los países industrializados.

Este hecho ha originado cambios muy significativos en la distribución geográfica de la producción mundial de este tipo de bienes industriales. Así, entre principios de los años ochenta y el año 2000, la participación de los países industrializados en las exportaciones de productos manufactureros se redujo del 83 al 71%, mientras que la cuota del grupo de los países en desarrollo que han logrado industrializarse aumentó del 12 al 26%, lo que

implica haber más que duplicado su peso relativo en el comercio mundial de las manufacturas en los últimos veinte años.

Por tanto, y a diferencia de lo que ocurría en el pasado, el comercio entre los países industrializados y los países en desarrollo abarca actualmente de forma creciente productos competidores: éste es el desarrollo más significativo desde principios de los años ochenta y constituye el rasgo más distintivo del proceso de globalización actual. Como la capacidad productiva manufacturera estaba, y sigue estando, desigualmente repartida entre los distintos países en desarrollo, la globalización ha desencadenado un proceso de polarización de los países en desarrollo en dos categorías: los exportadores de productos manufacturados y los exportadores de productos básicos. El primer grupo está constituido por aquellos países cuyas exportaciones de manufacturas representan más del 50% de sus exportaciones de mercancía.

El grupo de veinticuatro países en desarrollo exportadores de manufacturas sumaba en el año 2000 más del 95% de las exportaciones de productos manufacturados del mundo en vías de desarrollo y la estructura de sus exportaciones de mercancías era muy similar a la que presentan los países industrializados. Las manufacturas que proceden de esos veinticuatro países en vías de desarrollo están compitiendo de forma creciente con los productos de los países industrializados en todas las partes del mundo. Este hecho nos pone de relieve que se está produciendo un verdadero cambio en la división internacional del trabajo.

Actualmente, los veintitrés países industrializados, básicamente localizados en Europa Occidental, Estados Unidos, Canadá, Nueva Zelanda, Australia y Japón, más los citados veinticuatro países en desarrollo que han logrado introducirse en las cadenas de producción manufacturera, controlan el 90% del comercio mundial de mercancías. Por el contrario, y si no se incluyen las economías en transición del Este de Europa, los ciento siete países restantes en vías de desarrollo que contempla el mencionado informe de la OIT solamente representan el 6% del comercio mundial de mercancías, lo que pone de relieve que se han vuelto claramente marginales para la economía global. Y esta es una primera nota de la globalización

actual: la exclusión de una parte muy importante de la población del planeta.

La exclusión global es una de las características menos deseables del actual proceso de globalización. En este sentido, hay dos puntos concretos que se deberían de señalar. En primer lugar, la exclusión ha sido el signo distintivo de todos los episodios de globalización. La globalización de 1870-1913 incluyó sólo a los países de Europa Occidental y del Nuevo Mundo. La integración tras la Segunda Guerra Mundial incluyó, adicionalmente, a Japón y a los países del Sur de Europa. Sin duda, la exclusión global no es una característica específica del actual proceso de globalización; lo que le es propio es la inquietud generalizada que suscita el problema. En segundo lugar, aunque la exclusión global ha sido provocada parcialmente por la falta de liberalización del comercio de numerosos productos básicos, sus raíces se hunden en la falta de preparación de numerosos países en desarrollo para participar en el comercio mundial de productos manufacturados.

Por otra parte, conviene observar algunos datos que apoyan el planteamiento de que el comercio y la inversión extranjera directa (IDE) van de la mano reforzándose mutuamente. Así, a finales de los años noventa, veintitrés países industrializados y veinticuatro países en vías de desarrollo exportadores de manufacturas recibieron en conjunto el 88% del flujo global de IDE, mientras que el resto del mundo en desarrollo sólo recibió en torno a un 8%. Por tanto, la exclusión global es también perceptible tanto en el ámbito de la IDE como en el del comercio.

Como se señaló anteriormente, por primera vez en la historia, hay competencia Norte-Sur en el mercado global de mercancías. El efecto clave de esta competencia es una redistribución de la producción manufacturera y, por tanto, del empleo manufacturero entre el Norte y el Sur. No estamos ante un juego de suma cero, en el que un actor gana y el otro pierde, puesto que la producción y el empleo manufactureros globales no son fijos. Por un lado, el empleo manufacturero global se está redistribuyendo, trasladándose de los países industrializados y de las economías europeas en transición a los países en desarrollo exportadores de manufacturas. Por otro, el empleo manufacturero globalmente se ha reducido.

La redistribución del empleo se ha producido principalmente entre los países industrializados y los países en desarrollo exportadores de productos manufacturados. Cabe también afirmar que el beneficio para estos últimos es mucho mayor que la pérdida para los primeros. Sin embargo, las cifras pueden exagerar la redistribución imputable a la globalización. Por cuanto, incluso sin globalización, el empleo manufacturero habría caído en los países industrializados, inmersos en un proceso de desindustrialización desde principios de los años setenta y habría aumentado en los países en desarrollo exportadores de productos manufacturados, que durante un periodo bastante largo y anterior a la globalización se han dedicado a industrializarse. Sin embargo, no cabe duda que la redistribución del empleo manufacturero global entre países industrializados y un grupo de países en desarrollo ha constituido un efecto clave de la globalización.

Los problemas y las inquietudes sobre la globalización se refieren en esencia a las consecuencias económicas y sociales de este proceso de redistribución global del empleo manufacturero y del cambio de modelo del comercio que ha provocado esta redistribución. En concreto, son cuatro las áreas de preocupación respecto a esta cuestión. En primer lugar, en un plano global, la variación de las pautas de comercio ha tenido sin duda un impacto diferenciado sobre los resultados comerciales de los países: hay ganadores y perdederos y el problema de la exclusión global es un indicador relevante. Desde el momento en que los resultados comerciales influyen en el crecimiento económico, la globalización ha alterado las trayectorias de crecimiento de los países. Y ello significa que la globalización ha tenido un impacto en la desigualdad de la renta mundial. La cuestión es si el impacto es positivo o negativo.

En segundo lugar, la redistribución del empleo manufacturero inducido por la globalización, significa que el empleo y los salarios en la manufactura se han visto afectados tanto en los países industrializados como en los países en desarrollo. La preocupación es que esos efectos puedan haber sido adversos en ambos tipos de países. En los países industrializados, el empleo de mano de obra poco cualificada se ha reducido y las diferencias salariales entre la mano de obra muy cualificada y la poco cualificada se han ampliado.

A menudo se echa la culpa de esta evolución del mercado de trabajo al creciente comercio con los países de bajos ingresos. Por otra parte, en el caso de los países en desarrollo exportadores de productos manufacturados, la principal preocupación se refiere al balance en cuanto a la calidad de los puestos de trabajo. Normalmente, en estos países la creciente apertura económica y el comercio destruyen (en las industrias que compiten con las importaciones) y crean (en las industrias orientadas a la exportación) simultáneamente puestos de trabajo. Incluso cuando se crean más puestos de los que se destruyen, como parece ser el caso, es posible que los empleos destruidos sean de mayor calidad que los creados. En este caso, se produce un deterioro de la calidad del empleo, siendo esto lo que se sospecha que ha ocurrido con la incorporación de estos países al comercio internacional de las manufacturas.

En tercer lugar, el que no se haya producido una liberalización de la migración internacional es un tema algo preocupante en sí mismo, dado que frustra el desarrollo de un mercado internacional de trabajo. Por otra parte, incluso en ausencia de esa liberalización, parece harto improbable que un proceso de redistribución global de la producción y el empleo no vaya a afectar a la movilidad laboral transfronteriza. De hecho, la globalización ha incrementado la movilidad de los trabajadores cualificados y reducido la movilidad de los trabajadores no cualificados.

En otras palabras, puede que la globalización no haya incrementado la magnitud de la migración internacional, pero sí ha modificado su carácter. La preocupación fundamental en este terreno es que la fuga de cerebros pueda haber aumentado y que ello pueda tener consecuencias nocivas para el crecimiento a largo plazo de los países en desarrollo.

En cuarto lugar, existe un temor generalizado a que la competencia en el comercio y de cara a atraer la inversión directa extranjera (IDE) pueda estar provocando en todo el mundo un deterioro de las normas de trabajo. En otras palabras, el proceso de globalización puede haber desencadenado una carrera desregulatoria que haya afectado a los niveles de protección de los trabajadores en muchos países. A este temor responde la reivindicación de que los acuerdos comerciales deban recoger unos estándares mínimos relativos a las normas de trabajo: las cláusulas de garantía frente al dumping social.

Otra diferencia entre la globalización actual y el proceso desarrollado entre 1870 y 1913 es el papel desempeñado por la potencia hegemónica. En la globalización del siglo XIX, la potencia hegemónica fue Inglaterra y durante bastantes años se convirtió en prestamista de fondos y capitales para el resto del mundo de entonces. Actualmente ocurre todo lo contrario, la potencia hegemónica que es Estados Unidos es una economía receptora de capitales del resto del mundo, dado su elevado déficit comercial.

Se estima que la economía norteamericana necesita pedir prestado 2.000 millones de dólares diarios al resto del mundo. Según el premio Nobel en Economía, Joseph Stiglitz, en el año 2004 el flujo de capital hacia los Estados Unidos procedente sólo de China, Malasia, Filipinas y Tailandia ascendió a 318.000 millones de dólares en forma de aumento de sus reservas en dólares. Resulta toda una contradicción que países que necesitan capital para desarrollarse estén financiando la economía americana. En resumen, en la globalización actual la potencia hegemónica drena fondos del resto del mundo, mientras que en la anterior era todo lo contrario: el Reino Unido invertía en el resto del mundo.

Por otra parte, en la medida en que la globalización siga generando malestar entre los ciudadanos, es muy probable que acabe generando problemas de cierta entidad. Y hay que recordar aquí, sin pretender ser dramático, pero las cosas no deben olvidarse para que la historia no se repita, que la globalización que comenzó en 1870 se acabó con la Primera Guerra Mundial. Cuando las naciones no pueden competir en el campo de la economía, acaban utilizando las banderas, los nacionalismos y las guerras. Y la globalización, más de una vez en la historia se ha revertido de forma violenta. Por lo tanto, tendremos que comenzar a pensar en gobernar la globalización y a esa cuestión dedicaré más adelante algunos breves comentarios.

Anteriormente me he referido al tema de la seguridad alimentaria como derecho humano y como cuestión relacionada con la pobreza. ¿Qué ha ocurrido con la evolución de la pobreza en la etapa actual de globalización?. El Banco Mundial ha publicado el pasado 26 de agosto un nuevo informe sobre la situación de la pobreza en el mundo. En este informe, teniendo en cuenta los nuevos índices de precios de las cestas de la compra de los diferentes países, se define la pobreza extrema en relación a las personas que tengan un ingreso medio menor de 1,25 dólares diarios.

Los datos del Banco Mundial indican que la pobreza extrema en el mundo ha disminuido, pasando de 1.600 millones de pobres en 1981 a 1.400 millones en el año 2005. Esta reducción de los niveles de pobreza se ha producido sólo en algunas áreas y, sin embargo, en otras ha aumentado. Por ejemplo, ha disminuido de forma espectacular en China, donde han desaparecido seiscientos millones de pobres en los últimos veinticinco años. Por el contrario, en la India, a pesar de su intenso crecimiento en la economía de los servicios y el software en ciertas regiones del país, ha aumentado la pobreza en términos absolutos. Y sobre todo, donde ha aumentado la pobreza es en África.

Cuando hablamos de la globalización, hay que tener en cuenta que a los seiscientos millones de chinos que han salido del umbral de la pobreza no les ha ido demasiado mal. Por lo tanto, la cuestión de la globalización económica no debemos contemplarla solamente desde la perspectiva de los países industrializados, sino teniendo presente también sus efectos sobre los países en vías de desarrollo.

Probablemente, la mayoría de nosotros vamos a seguir desarrollando nuestra actividad en un ámbito local, pero tenemos que acostumbrarnos a pensar en términos globales y a ver las cosas con una dimensión mundial. En mi opinión, creo que la globalización ha favorecido básicamente a la economía de algunos países, fundamentalmente a los conocidos como economías emergentes y, por otra parte, a determinadas clases sociales. Uno de esos países beneficiados es China y, otro, aunque con matices es la India. Estos dos países asiáticos, además de acaparar el 37% de la población mundial, ofrecen un conjunto de resultados que debemos tener muy en cuenta.

Las escuelas técnicas de la India forman todos los años a 250.000 nuevos ingenieros, con una alta cualificación y que además dominan el inglés. En la India se encuentran hoy muchas de las mejores empresas del mundo especializadas en la producción de software y que se han desarrollado de forma espectacular en pocos años, sobre todo a partir del año 2000. El famoso efecto del año 2000 en los ordenadores, permitió el crecimiento de empresas indias como Infosys, que hoy es un líder mundial en el campo de la informática y que ya está adquiriendo empresas en los países industria-

lizados. No es decir nada nuevo en la afirmación de que la India se ha convertido en uno de los principales países del mundo en el campo de la nueva economía de los servicios informáticos y en línea.

En la actualidad, a más de medio millón de ciudadanos norteamericanos les hace la declaración de la renta una empresa localizada en la India. Sin embargo, también hay que señalar que este país presenta a su vez grandes contradicciones, pues muy cerca de Bangalore, localidad donde se concentran una gran parte de las empresas indias de producción software, las carreteras son pistas de barro totalmente impracticables desde la perspectiva de nuestros estándares. A ello habría que añadir que en la India la pobreza extrema sigue afectando a más de 450 millones de personas.

En el caso de China, deberíamos abandonar la idea de que se trata solamente de una economía de mano de obra barata que compite solamente por la vía de precios bajos, imagen reforzada por los comercios chinos que vemos cada vez más presentes en las calles de nuestras ciudades y pueblos. Sin embargo, según las estadísticas de la OCDE, desde el año pasado, China se ha convertido en el primer país del mundo exportador de bienes de nuevas tecnologías; así, es el principal productor mundial de teléfonos móviles con una producción de más de 300 millones de teléfonos móviles al año.

En la fabricación de ordenadores personales, una empresa china ha comprado hace ya algunos años la división de ordenadores personales que tenía IBM y ahora los vende por todo el mundo, incluido nuestro país, con la marca Lenovo. Un dato a tener muy presente es que en el año 2010, según la información facilitada por la propia Comisión Europea, China va a invertir en I+D más que toda la Unión Europea junta. Por tanto, estamos hablando de un gigante económico y de un nuevo y potente competidor en los mercados mundiales.

Un aspecto de la globalización que se ha vuelto a poner de actualidad es el de la inestabilidad que este proceso ha venido generando en la medida en la que una mayor interdependencia entre las diferentes economías nacionales facilita la propagación de las crisis financieras. Y este no es un fenómeno que haya surgido en estos momentos, pues antes de la crisis

actual ya se han producido varias crisis financieras aunque todas ellas tuvieron un carácter regional. La primera fue la crisis conocida como el efecto tequila que afectó singularmente a la economía mexicana durante el año 1994.

La segunda se produjo en 1997, afectó sobre todo al Sudeste asiático y estuvo a punto de sumir en una fuerte recesión a unas economías que se habían caracterizado hasta entonces por unas elevadas tasas de crecimiento. En 1998 se produjo la crisis de la deuda rusa y la economía de este país se vio inmersa en un colapso del que tardó algún tiempo en salir. En 1999, la crisis financiera se traspasó a Brasil, afectando a la calidad de su deuda y a la cotización de su moneda.

En el año 2001, la crisis se transformó en una implosión política y económica sin precedentes del alumno aventajado de las recetas de la política del Fondo Monetario Internacional: Argentina y su famoso corralito. Al año siguiente, en 2002, se producen las mayores quiebras de la historia económica del mundo personalizadas en dos gigantes empresariales norteamericanos como son Enron y WorldCom. Estos hechos pusieron en evidencia la deficiencia de las normas contables y la falta de profesionalidad de las empresas de consultoría, al igual que está pasando ahora con los servicios de rating y su ineficacia para prevenir la crisis financiera actual.

En este sentido, hay que matizar que la forma de insertarse en este proceso globalizador no es única. En el caso de China, se ha diseñado un modelo distinto de gestión política de la globalización que se caracteriza, entre otras cosas, por la existencia de un control de los movimientos de capital a corto plazo, lo que le ha venido protegiendo de los movimientos especulativos que han afectado a los mercados financieros mundiales en más de una ocasión. Otra alternativa a las directrices y políticas económicas propugnadas por el llamado Consenso de Washington es el modelo que ha caracterizado a los países del Sudeste Asiático, que han logrado un crecimiento muy acelerado apoyado en una intervención muy significativa del Estado a través de un importante sector público empresarial y una extensa red de apoyos públicos a la actividad económica.

Existen fundadas razones para creer que las instituciones y las normas, más que la tecnología y la globalización son las causas de la creciente desigualdad económica que existe en nuestras sociedades. Esta es al menos la opinión que mantiene Paul Krugman en un reciente libro suyo, al señalar que el modelo de distribución de ingresos vigente en Estados Unidos durante los últimos treinta años ha hecho que la parte del león del fuerte crecimiento experimentado por la economía norteamericana haya ido a parar a manos de una reducida y pudiente minoría de personas. Y por tanto, hay que decir, tal como nos recordaba Krugman, que las clases medias no aparecen espontáneamente en los países, sino que son el producto de la decisión política de los gobiernos.

Para tratar de combatir los efectos de la Gran Depresión de 1929, el Presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt puso en marcha entre 1933 y 1937 una nueva política económica a partir del llamado New Deal. Este programa de política de económica frente a la recesión incluía un conjunto de intervenciones estatales en la economía, algunas de las cuales se mantuvieron incluso después de la Segunda Guerra Mundial. El resultado de todo ello fue la creación de una importante clase media, que fue un rasgo que caracterizó a la sociedad norteamericana de los años cincuenta y sesenta.

El presidente Roosevelt impulsó este objetivo, además de con un ambicioso programa de obras públicas, a través de una decidida política fiscal fuertemente redistributiva. En el año 1920 la tasa máxima del impuesto sobre la renta era del 24%, pues bien durante su primer mandato Roosevelt elevó el tipo máximo hasta el 63%, situándolo durante el segundo mandato en el 79%. Incluso, esta política fiscal se continuó después de la Segunda Guerra Mundial, pues como nos recuerda Paul Krugman, en los años cincuenta y como consecuencia de los mayores gastos militares de la Guerra Fría, la tasa máxima del impuesto sobre la renta llegó a situarse en el 90%. Por otra parte, en el año 1929, el impuesto sobre las ganancias de capital tenía una tasa promedio del 14%, las políticas derivadas del New Deal hicieron que esta tasa llegase a situarse en 1955 en el 45%.

Otro impuesto que se vio afectado por las reformas fiscales incluidas en el New Deal fue el impuesto sobre sucesiones. En 1920, la tasa de este impuesto en los Estados Unidos era del 20%, Roosevelt la subió al 45% y posteriormente llegó a situarse en un 77%. El impuesto sobre sucesiones forma parte de las políticas de lucha contra la desigualdad y en la medida en que este impuesto está siendo eliminado por los gobiernos de algunas comunidades autónomas españolas, es conveniente recordar, aunque sea de forma muy somera, que existen dos enfoques enfrentados sobre el concepto de la desigualdad económica y en consecuencia sobre las políticas a desarrollar en este campo.

Por un lado, están los que creen que la desigualdad es un problema de suerte y, por tanto, hay que restaurar la suerte a través de la política, pues hay quien nace con buenos genes y es muy listo, o nace en el seno de una familia rica y parte en la vida con mayores oportunidades de éxito. Los defensores de la igualdad piensan que estas desventajas de nacimiento deben cambiarse para instaurar el principio de igualdad de oportunidades a través de mecanismos de redistribución de la renta, es decir, vía las políticas de igualdad.

Por otra parte, están aquellos otros que no creen en las políticas de igualdad y entienden que la renta de las personas debe ser la recompensa al trabajo duro y al esfuerzo personal y, por lo tanto, para ellos es inmoral el tener que pagar impuestos.

En definitiva, el Presidente Roosevelt a través de estas medidas fiscales, por cierto nada populares, colaboró de forma muy importante a construir un país más cohesionado socialmente. Sin embargo, ese país de clases medias que caracterizó a la sociedad norteamericana de los años sesenta y principios de los setenta ha desaparecido a lo largo de las tres últimas décadas. Un ejemplo puede servir para visualizar el incremento de la desigualdad económica que ha sufrido la sociedad estadounidense en dicho periodo.

En el año 1970, el presidente de la General Motors, la principal empresa norteamericana de entonces, todavía en el marco de aquella sociedad de clases medias y de compromiso social, ganaba del orden de 800.000 dóla-

res al año, que en dólares actuales se convertirían en 4.300.000 dólares. El obrero promedio de la General Motors ganaba en 1970 en torno a 9.000 dólares anuales, lo que a precios actuales equivaldría a 40.000 dólares, a ello habría que añadir unas importantes prestaciones sociales pagadas por la empresa consecuencia del convenio de empresa.

Con ese sueldo el obrero de General Motors se consideraba clase media. Y también hay que señalar que el Presidente de General Motors era criticado por las retribuciones que percibía, pues ganaba cien veces más que su obrero promedio. En aquellos tiempos los medios de comunicación criticaban la existencia de sueldos elevados de los dirigentes empresariales.

En la actualidad el Presidente de Wal-Mart, una cadena de supermercados que es la mayor empresa norteamericana en volumen de facturación, tiene una retribución anual que suma 23 millones de dólares, lo que supone multiplicar por más de cinco el valor actual de las retribuciones percibidas por el Presidente de General Motors en 1970. Por otra parte, el empleado promedio de Wal-Mart gana actualmente unos 18.000 dólares, es decir, menos de la mitad de lo que ganaba un trabajador de General Motors hace treinta y cinco años. Además el sueldo del Presidente de Wal-Mart es 1.278 veces mayor que el que percibe su empleado medio. Y además con una diferencia importante: el sueldo del Presidente de Wal-Mart no es criticado por la prensa. Este puede ser un indicador de la fuerte desigualdad que se ha producido en los Estados Unidos como consecuencia de la ascensión al poder de los neoconservadores.

Ante la brecha que se ha abierto en términos de desigualdad en la sociedad norteamericana, no es de extrañar que economistas como Paul Krugman reivindiquen la puesta en marcha de una nueva política de igualdad. A este respecto, hay que señalar que, según los estudios disponibles acerca de la distribución de los ingresos, la familia americana promedio no ha percibido prácticamente nada del crecimiento económico de las últimas tres décadas y si, en cambio, una minoría de personas, pertenecientes al selecto grupo de los altos ejecutivos de la empresa y las finanzas, ha acaaparado casi todos los beneficios de ese intenso crecimiento. Este fenómeno no solamente se ha producido en los Estados Unidos, sino que, quizás con menor intensidad, se ha reproducido en Europa y también en España:

las retribuciones de los altos ejecutivos se han disparado con respecto a las del trabajador promedio.

Vivimos en un mundo de desigualdad económica que no es producto de la globalización ni de la tecnología y si de una determinada opción política. Y eso, lo tenemos que tener en cuenta en circunstancias de crisis como las actuales, en donde se echa de menos un discurso político del estilo New Deal. Si estamos ante una crisis que todo el mundo de está de acuerdo en calificar como la más importante después de la de 1929, habría que hacer algo de pedagogía política al estilo de Roosevelt que podríamos resumir en una frase del siguiente tenor: si todos tenemos que arrimar el hombro para salir de la crisis, habrá que recurrir a un mayor gasto público y reclamar que su financiación se base en el principio de que aporte más quien más tiene. Sin embargo, ese discurso no aparece por ningún lado y solo se oye hablar de reducciones de impuestos.

Por último, haré una referencia a los temas demográficos y a la cuestión de Europa. En relación con la evolución de la población, las proyecciones que maneja las Naciones Unidas para el año 2050 ponen de manifiesto que las tendencias actuales se van a acentuar. En términos demográficos el mundo del futuro gira hacia Asia y el Pacífico, pues el crecimiento de la población va a seguir siendo muy fuerte en ese continente. En África, a pesar de ser un continente olvidado y lleno de conflictos bélicos, seguirá creciendo su población. Sin embargo, las previsiones de las Naciones Unidas señalan que Europa va a quedar estancada en términos de crecimiento demográfico, incluso se puede dar que su población se reduzca.

Ante este panorama demográfico, los europeos deberíamos a comenzar a preocuparnos por nuestro papel en el contexto internacional, pues cada vez tendremos menos peso en un mundo que va crecer demográficamente. El principal reto que tendrá Europa en los próximos años –y es un mensaje sobre todo para los jóvenes– será el de como constituirse en un bloque político. Europa es un gigante económico, pues somos el primer bloque económico del mundo en nivel de producción, más que los Estados Unidos, sin embargo, seguimos siendo un enano político. Lo hemos demostrado con la guerra de los Balcanes, el conflicto de Irak y más recientemente con la invasión de Georgia: siempre necesitamos a los norteamericanos para arreglar

los conflictos en los que los países europeos no son capaces de adoptar una posición común, es decir de actuar como un bloque.

Y en el mundo que estamos viviendo, en los próximos años vamos a tener que discutir, entre otros temas, sobre reglas de comercio internacional, el uso de los recursos naturales del planeta, o los temas relacionados con el abastecimiento de la energía, en definitiva, como debe gobernarse el mundo. Si los europeos cada vez somos menos y Europa no tiene una sola voz, es muy probable que pasemos a ser unos actores secundarios en una escena internacional en la que los países emergentes como Brasil, Rusia, India y China reclaman un mayor protagonismo en la toma de decisiones.

El otro tema que me preocupa en relación con la población, es que Europa camina hacia una sociedad de viejos. En el año 2060, el 12% de los europeos tendrá más de 80 años. En las previsiones por estratos de edad que ha realizado Eurostat, el peso relativo del componente de menor edad en la pirámide de población se va ir reduciendo. Según las citadas previsiones en 2060 habrá 15 millones menos de niños, 14 millones menos de jóvenes, 25 millones menos de jóvenes adultos (entre 25 y 39 años). Únicamente aumentarán los estratos de más edad.

Este comportamiento esperado de la población europea tiene una importante repercusión económica y social. Actualmente, en la Unión Europea, de media, hay cuatro activos por cada pasivo. Es decir, cuatro trabajadores con sus cotizaciones a la Seguridad Social y sus impuestos financian las prestaciones que recibe un jubilado. Si las previsiones de Eurostat se cumplen, en el año 2050 habrá solamente dos activos por cada pasivo, con lo cual es muy fácil de echar las cuentas: si la relación pasa de cuatro a uno a dos a uno, o bien multiplicamos por dos los impuestos y las cotizaciones que tiene que pagar cada trabajador, o bien bajamos las pensiones y el resto de las prestaciones sociales que reciben los pasivos, o bien una combinación de ambas cosas.

Por mucho que crezca la productividad en los próximos años, nuestro Estado de bienestar tal como está diseñado actualmente puede llegar a ponerse en entredicho. Y eso tiene bastante que ver con un tema que sería necesario desarrollar con mayor amplitud: la reivindicación de una nueva gene-

ración de políticas de igualdad, denunciando que la desigualdad económica no es una cuestión de predestinación o una consecuencia inevitable, sino es la consecuencia de una forma determinada de gobernar la globalización.

Quiero concluir con la siguiente reflexión: más allá de la economía, debemos situar a la política. Y reivindico que la economía debe estar al servicio de la política y no al revés, que es lo que ha ocurrido a lo largo de estas últimas décadas. Y espero y deseo que la crisis actual acabe siendo una oportunidad para hacer de ello una realidad.

Muchas gracias.